



EN LA BENEFICENCIA.

Para el que esta líneas escribe, tuvo la noche del último domingo algo que merece la pena de ser relatado, dándole ocasión para ello, la amable invitación que me hizo mi cariñoso amigo Muños Jalón, director de los establecimientos provinciales de Beneficencia, para asistir como testigo, a la comida que con motivo de la Noche-Buena, se servía a los asilados. No era posible sustraerse a tal deferencia, que por otra parte satisfacía en mí un deseo grato, pues durante mi estancia en Palencia, he tenido la satisfacción de tomar parte en las fiestas de aquella casa, asegurando que ninguna me ha impresionado tanto como la de Noche-Buena, que deja en el que la presencia, profundo e imperecedero recuerdo, siendo extraño e incomprensible el desvío que muchas personas sienten por aquellos asilos, cuando debiera suceder lo contrario, máxime tratándose de unos organismos que son modelo y honra de la ciudad, dignos de ser conocidos y mostrados como tales, a los que nos visiten. Como otras tantas veces, llegamos a aquel establecimiento pensando que la multitud de seres allí recogidos, son dignos de toda nuestra consideración y cariño, y de orgulloso y vano puede calificarse el que así no piense, dado que la suerte de ellos, ha podido ser la nuestra y solo por la misericordia de Dios, gozamos del privilegio. El obrero a quien los años y el trabajo rindieron sin piedad, la débil mujer a quien todo bienestar faltó y el niño abandonado y desconocido, todos, todos ellos son nuestros hermanos, y solo su triste sino, les redujo a la situación que vemos. Estas reflexiones no hay duda de que predisponen al ánimo y lo deprimen, pero en cuanto se traspasan los umbrales de la santa casa, todo esto se disipa y el alma disfruta gozando lo indecible. Qué motiva tal cambio? Lo diré tal cual lo siento, es que al penetrar en aquellos vastos asilos, se percibe lo que ni la palabra ni la escritura pueden expresar, es en sum, que la virtud de la caridad cristiana siempre joven y hermosa, ejercita su ministerio benéfico sobre todos aquellos seres a quienes la fortuna de la tierra los desheredó. Allí encuentran el lenitivo a las miserias sociales que sufrieron, allí se restañan sus heridas, en forma tal, que se les abre una nueva vida, se sienten hasta dichosos, porque ven que no les falta Dios, y que éste, valiéndose de estos ángeles a quienes dan el nombre de "madres" y "hermanas" los atienden, cuidan y acarician. Bajo este último aspecto se presentaba a nuestra vista la casa de beneficencia la noche del domingo último. La incomparable superiora sor Hilaria y sus hermanas, se multiplicaban para servir la suculenta comida a los asilados ancianos y jóvenes. Mi amble amigo y director con todo el personal de la casa, no se daban punto de reposo atendiendo a todo, para que nada turbase la alegre fiesta, y en las caras de los asilados veíamos retratada la más franca satisfacción, traduciéndola en vítores y aclamaciones para sus bienhechores. Era un cuadro verdaderamente hermoso y lleno de vivos colores. Terminada la comida a la que puso término el clásico turrón, coronó el acto una nota muy consoladora, fue la que dieron algunas personas de corazón caritativo que se acordaron de aquellos pobres, llevándoles un pequeño recuerdo en tabaco, galletas y otras golosinas que recogían con lágrimas en los ojos bendiciendo a los que más dichosos que ellos, se acordaban de modo tan tierno de los asilados. De los comedores pasó la alegría a otros locales, y frente a un famoso "belén", vimos a las niñas bailar, cantando coplas y villancicos, todos ellos alusivos a sus buenas "madres" y personal de la casa. No quisimos abandonar los locales sin visitar la sección de cuna y parvulitos: allí el cambio de decoración era radical; bajo los pabellones de aquellos monísimas y limpias camitas, dormían tranquilamente un buen número de pequeñuelos velando su sueño la hermosa matrona de la caridad; tan solo las amas prestaban su nota bulliciosa celebrando la fiesta de la noche. El tiempo transcurría, y sin embargo, no sentíamos impaciencia por salir de aquellos locales; respirábamos un ambiente grato, que insensiblemente nos retenía, pero dimos per terminada la visita, con promesa de repetirla, formulando una entusiasta felicitación para la Diputación provincial, que con tanto celo e interés atiende sus establecimientos benéficos, para su celosísimo director, para su administrador y personal todo y muchos y muy cumplidos plácemes para aquellas beneméritas Hermanas de San Vicente de Paul, que solo con nombrarlas está hecho su elogio.

Alfonso Shelly.

EN LA BENEFICENCIA

Para el que estas líneas escribe, tuvo la noche del último domingo algo que merece la pena de ser relatado, dándome ocasión para ello, la amable invitación que me hizo mi cariñoso amigo Muñoz Jalón, director de los establecimientos provinciales de Beneficencia, para asistir como testigo, á la comida que con motivo de la Noche-Buena, se servía á los asilados.

No era posible sustraerse á tal deferencia, que por otra parte satisfacía en mí un deseo grato, pues durante mi estancia en Palencia, he tenido la satisfacción de tomar parte en las fiestas de aquella casa, asegurando que ninguna me ha impresionado tanto como la de la Noche-Buena, que deja en el que la presencia, profundo é imperecedero recuerdo, siendo extraño é incomprensible el desvío que muchas personas sienten por aquellos asilos, cuando debiera suceder lo contrario, máxime tratándose de unos organismos que son modelo y honra de la ciudad, dignos de ser conocidos y mostrados como tales, á los que nos visiten.

Como otras tantas veces, llegamos á aquel establecimiento pensando, que la multitud de seres allí recogidos, son dignos de toda nuestra consideración y cariño, y de orgulloso y vano puede calificarse al que así no piense, dado que la suerte de ellos, ha podido ser la nuestra y solo por la misericordia de Dios, gozamos del privilegio. El obrero á quien los años y el trabajo rindieron sin piedad, la dé-

bil mujer á quien todo bienestar faltó y el niño abandonado y desconocido, todos, todos ellos son nuestros hermanos, y solo su triste sino, los redujo á la situación en que los vemos.

Estas reflexiones no hay duda de que predisponen el ánimo y lo deprimen, pero en cuanto se traspasan los umbrales de la santa casa, todo esto se disipa y el alma disfruta gozando lo indecible.

Qué motiva tal cambio? Lo diré tal cual lo siento, es que al penetrar en aquellos vastos asilos, se percibe lo que ni la palabra ni la escritura pueden

expresar, es en suma, que la virtud de la caridad cristiana siempre joven y hermosa, ejercita su ministerio benéfico sobre todos aquellos seres á quienes la fortuna de la tierra desheredó. Allí encuentran el lenitivo á las miserias sociales que sufrieron, allí se restañan sus heridas, en forma tal, que se les abre una nueva vida, se sienten hasta dichosos, porque ven que no les falta Dios, y que éste, valiéndose de esos ángeles á quienes dan el nombre de «madres» y «hermanas» los atienden, cuidan y acarician.

Bajo este último aspecto se presentaba á nuestra vista la casa de beneficencia la noche del domingo último. La incomparable superiora sor Hilaria y sus hermanas, se multiplicaban para servir la succulenta comida á los asilados ancianos y jóvenes. Mi amable amigo y director con todo el personal de la casa, no se daban punto de reposo atendiendo á todo, para que nada turbase la alegre fiesta, y en las caras de los asilados veíamos retratada la más franca satisfacción, traduciéndola en vítores y aclamaciones para sus bienhechores. Era un cuadro verdaderamente hermoso y lleno de vivos colores!

Terminada la comida á la que puso término el clásico turrón, coronó el acto una nota muy consoladora, fué, la que dieron algunas personas de corazón caritativo que se acordaron de aquellos pobres, llevándoles un pequeño recuerdo en tabaco, galletas y otras golosinas que recogían con lágrimas en los ojos bendiciendo á los que más dichosos que ellos, se acordaban de modo tan tierno de los asilados.

De los comedores pasó la alegría á otros locales, y frente á un famoso «belén», vimos á las niñas bailar, cantando coplas y villancicos, todos ellos alusivos á sus buenas «madres» y personal de la casa.

No quisimos abandonar los locales sin visitar la sección de cuna y parvulitos; allí el cambio de decoración era radical; bajo los pabellones de aquellas monísimas y limpias camitas, dormían tranquilamente un buen número de pequeñuelos velando su sueño la hermosa matrona de la caridad; tan solo las amas prestaban su nota bulliciosa, celebrando la fiesta de la noche.

El tiempo transcurría, y sin embargo, no sentíamos impacencias por salir de aquellos locales; respirábamos un ambiente grato, que insensiblemente nos retenía, pero dimos por terminada nuestra visita, con promesa de repetirla, formulando una entusiasta felicitación para la Diputación provincial, que con tanto celo é interés atiende sus Establecimientos benéficos, para su celosísimo director, para su administrador y personal todo, y muchos y muy cumplidos plácemes para aquellas beneméritas Hermanas de San Vicente de Paul, que solo con nombrarlas, está hecho su elogio.

ALFONSO SHELLY